
Sirvientas*

Alma Guillermprieto

La primera empleada que tuve en Río de Janeiro me duró menos de un mes. Su remplazo se llamaba Flora y era una mujer tímida y regordeta que había sido campesina antes de emigrar de su natal Minas Gerais a una favela en el corazón de Río. Nunca había trabajado ajeno porque su marido, evangélico como ella, no quería que su alma corriera peligro fuera de casa. Pero su vecino, Jair, que se encargaba de los desperfectos de plomería y electricidad en mi casa y en la de muchos otros corresponsales extranjeros, y que también era evangélico y gozaba de gran ascendencia en su barrio, recomendó a Flora conmigo, y convenció a su marido de que yo era una señora de respeto, y que en mi casa no rondaba el diablo.

Durante los primeros días Flora casi no abrió la boca. Después de servirme el desayuno comenzaba a barrer y me pasaba la escoba en los pies cuando yo estaba a la mitad de un sorbo de café.

—Flora, ¡por Dios! ¡No me barras los pies!

"La señora disculpe", murmuraba, y se iba con su escoba a otra parte. Me tenía tanto pánico que se llenaba de gases e iba dejando un rosario de peditos por donde pasaba. Un incidente como el del desayuno la mandaba enseguida al excusado del área de servicio que estaba detrás de la cocina.

Así pasamos los días, en silencio, hasta que una mañana, después de servirme el desayuno y estando yo a la mitad de un sorbo de café, dejó de barrer (bordeándome los pies, pero no encima de ellos), cruzó uno de sus pies encima del otro, y apoyó la cabeza en el palo de la escoba.

* Este texto apareció en la revista *Equis* núm. 12, abril, 1999. Agradecemos a la autora el permiso de su publicación.

—La señora es periodista, ¿no es cierto?

—Soy, sí.

—Y hace reportajes, ¿no es cierto?

—Los hago, sí.

Hubo una pausa.

—Y entonces ¿por qué la señora no ha ido a ver al niño que nació con cara de puerco en la esquina de mi casa? Hay un montón de periodistas que fueron, y la señora, nada.

A partir de ese reclamo me perdió un poco el terror, supongo que porque decidió que yo era o floja o incapaz, y nuestra relación se hizo más llevadera. "Se le olvidan las llaves", decía, y yo me regresaba de la puerta. "Se le olvida su cartera", y me regresaba otra vez. "Se olvidó ponerse los aretes". Otra vuelta "A la señora se le olvida todo", comentaba, muy satisfecha.

Duró conmigo hasta que me fui de Río, y el día que me llevaron al aeropuerto lloró como Magdalena, pero afortunadamente ése no es el último recuerdo que tengo de ella. Volví al año siguiente para hacer un reportaje sobre los evangélicos, y aproveché para pasar a verla. Flora no se había quedado sin trabajo, pues la secretaria de un amigo corresponsal se había fijado en su profunda decencia y placidez y la había contratado.

Su nueva patrona seguramente era mucho más exigente que yo, pero también ha de haber sido mejor ama de casa y mejor instructora, porque encontré a Flora transformada, alegre, llena de confianza en su oficio y en sí misma. Conocí a su marido y me admiré de lo mucho que había crecido su hijo, y al final de la tarde Flora me acompañó hasta la orilla de la *favela*, y en el camino, me fue platicando de su nuevo empleo y de los demás amigos míos con quienes seguía en contacto, y de su hijo, y de repente me tomó de la mano como si fuera yo su gran amiga. Así seguimos andando, conversando y tomadas de la mano, hasta que llegamos a la carretera, donde me despidió con mucha alegría y me echó la bendición.

En mi casa, que era pobre y con tremendas pretensiones aristocratizantes, nunca hubo dinero para una sirvienta. De ahí, supongo, que ya de adulta mi relación con ellas siempre haya estado marcada por el desconcierto y cierta incomodidad. La primera empleada que tuve fue en Nicaragua, a los pocos meses del triunfo sandinista. Había alquilado una casa muy fea en un barrio clasemediero, y sentía la necesidad de que alguien más me ayudara, a poblarla, y de que me ayudara también

un poco con el enorme esfuerzo logístico que representaba vivir en un país en proceso de creación. Llegó —no me acuerdo ni cómo— Rafaela. Era dulce, puntual y silenciosa, y para mi diario asombro se lucía inventando unas ensaladas que no sólo eran frescas y sabrosas, sino que llegaban presentadas sobre el platón como si fueran naturalezas vivas. Aparte, tenía una niña de tres años —Rosa— que parecía una muñeca de piloncillo y que no daba lata jamás.

Vivimos sin conflicto hasta que llegó a compartir la casa una muchacha inglesa, representante de algún organismo no gubernamental. Nos hicimos muy amigas muy pronto, pero teníamos una diferencia de criterio grave sobre la inmoralidad o no de tener una empleada doméstica (¡una esclava a sueldo!) en un país revolucionario. Para mí lo moral era darle empleo a una mujer soltera y con hija, pero también era... lo cómodo. Para Gwendolyn, que así se llama mi amiga, lo cómodo era inmoral. Gwendolyn venía de una familia adinerada, y para ella las empleadas eran la denuncia viva de la fonguería y la decadencia espiritual que caracterizaba a las mujeres de su clase. Yo le decía que tenía mucha razón, pero que ni ella ni yo éramos fongas ni decadentes. Pero Gwendolyn sentía que la fonguería es algo que se pega cuando se deja que hagan por una lo que puede hacer por sí misma. Dejar que fuera otra mujer la que limpiara el baño y preparara la comida hacía que Gwendolyn se sintiera en peligro y culpable, y como se sentía culpable, Rafaela le caía mal.

Las cosas terminaron así: yo tenía una pulsera china de plata con incrustaciones de esmalte que me fascinaba, y que me quitaba y dejaba en el baño a la hora de irme a acostar. Gwendolyn, como yo, tenía muchos amigos revolucionarios que la visitaban y que a veces amanecían en casa. Uno de ellos era un muchacho negro, guapísimo, de la costa Atlántica. Un día, desapareció mi pulsera. Sólo había dos posibilidades: o se la había robado Rafaela, o se la había llevado el amigo de Gwendolyn. A falta del más mínimo indicio que implicara a cualquiera de los dos, no quedaba más que resolver el crimen sobre bases ideológicas.

—Sospechas de él porque es negro —decía Gwendolyn.

—¡No! —le contestaba yo, indignada—. Tú sospechas de Rafaela porque es sirvienta.

Nuestras discusiones eran callejones sin salida: un revolucionario sería incapaz de robar. Una mujer desamparada jamás arriesgaría su empleo por un adorno aparatoso pero sin valor. Nunca tocamos el asunto de fondo, que era que si Rafaela había sido la autora del robo, yo

estaba dispuesta a hacerme de la vista gorda, porque su silencio y su pulcritud, sus ensaladas y su niña-caramelo me hacían más falta que la pulsera, y que Gwendolyn estaba dispuesta al mismo trueque con su revolucionario guapo.

Gwendolyn supo dar la mejor batalla. Habíamos decidido cambiarnos a una casa mucho más bonita, pero a última hora Gwendolyn planteó (ése era el verbo de moda) que ella no firmaría el contrato si Rafaela seguía con nosotras. Rafaela se fue, llorando. "Es por lo de la pulsera, ¿verdad, señora?" (Gwendolyn nunca había logrado que nos dijera "compañera"). "Le juro que no me la robé". Vivimos muy a gusto en la nueva casa, pero siempre comimos muy mal y yo nunca dejé de extrañar a Rafaela y a Rosa.

¿Cuánto cuesta una sirvienta? No es fácil calcular la relación de su salario con el manejo que le otorgamos de nuestras cosas, exigiendo que no nos las robe, sabiendo de su necesidad. Tampoco es fácil calcular el sueldo apropiado para alguien que —sin necesidad de que se le pida— no cuenta con quién amanecemos cuando nuestro compañero habitual de cama anda de viaje. Por definición una sirvienta tiene que costar poco, porque si no, desconfiamos de su necesidad, y por lo tanto, de su lealtad. Yo estaba dispuesta a canjear mi pulsera por Rafaela, pero si me hubiera pedido que le doblara el sueldo seguramente le hubiera dicho que no. Al fin y al cabo, ya le estaba pagando el doble de lo que recibían las empleadas de mis vecinas. De Río me fui a vivir a Bogotá y a la casita que alquilé llegó, recomendada por una vecina, la esplendorosa Sharad. Era alta, negra, hermosa como una manzana y estaba en el séptimo mes de embarazo de un marido que la acababa de dejar. Le urgía encontrar en dónde vivir después del parto. Dije que sí.

Como todas las empleadas que me han durado, era lenta, cariñosa y honrada. Pero además era inteligente. En realidad, estoy segura de que Sharad era brillante, y que a ello debía las catástrofes de su vida. Tenía una inquietud que la llevaba a lanzarse siempre más allá de los límites naturales de su mundo: había modelado para una revista de farándula alguna vez, recostada sobre una piel de tigre, pero nunca le pagaron —seguramente porque sabían que alguien como ella no tenía cómo reclamar. Había querido ser bailarina, y logró meterse de aprendiz en un conjunto folclórico, pero se enamoró de uno de los bailarines y se embarazó de la niña que ahora estaba por nacer.

Le enseñé a cocinar y aprendió demasiado rápido. Después de que hicimos un conejo *flambé* al coñac quería incendiar hasta los frijoles.

Llegué una noche y me sirvió una especie de caldo helado incomedible. "¡Pero si saqué la receta de los libros de cocina que usted trajo de Brasil!", protestó, llena de vergüenza. Se había puesto a leer mis libros en portugués y casi le había atinado, sólo que donde decía que había que colocar la mezcla en el sartén ("*na frigideira*"), ella había entendido que había que colocarla en el refrigerador. A pesar del fracaso no se dio por vencida. Los libros venían ilustrados con fotografías, y con esa ayuda, y alguna escasa pregunta de vocabulario, Sharad fue dominando el portugués y la alta cocina.

Llevaba ya unos meses trabajando conmigo cuando me tocó hacer un viaje largo y me fui con cierto alivio por alejarme de un apartamento que ya era un caos: la bebida de Sharad reclamaba con aullidos a todas horas a una madre que la abandonaba por los libros de recetas, y su madre no sólo no le hacía caso a ella, sino que se ocupaba también cada vez menos de tareas como la limpieza del baño o el tendido de la cama. A la vuelta, me abrió la puerta una vaca irreconocible. Sharad estaba tan gorda que ya sólo cabía en su *jogging* —y eso tan refundada que se le dibujaba la raya entre las enormes nalgas y se le asomaba el ombligo de una panza casi del tamaño de la del embarazo. La niña, berreando sin parar, mostraba señales de descuido, si no es que de violencia. En el patio de servicio y en su cuarto había alteros de ropa sucia. En la alacena se habían agotado las siempre amplias existencias de harina, azúcar, aceite, nueces, vainilla, pasas. "Señora, ayúdeme" —me dijo Sharad. "Me gasté todo el sueldo que me dejó en ingredientes. Ya hice todos los ponqués del libro de ponqués y todos los panes del libro de panes. Si sigo así voy a reventar".

No supe qué hacer. Mis amigas, que siempre habían recelado de una empleada tan extravagantemente bella (¡cuidado con tus invitados! decían, no sin cierta razón) recelaban más ante su gordura y el caos de mi apartamento. Apenas y saludaban a Sharad, y ella, a su vez, casi les volteaba la charola encima cuando traía a la sala el té y el pastel del día. Yo también empecé a engordar, cebada por la furia repostera de Sharad. Y el maltrato a la niña, pese a todas mis advertencias, sermones y regaños, se hizo constante. Por la ventanita que daba de mi baño al patio de servicio la escuchaba yo, hablando en un siseo bajito y cargado de furia: "Donde no te estés quieta para dejarte peinar, cuento hasta tres y te pego", y después de un instante de silencio, el zumbido de una mano contra un rostro y el alarido de la ofendida. Sin mí, estarían peor las dos,

pensé. Decidí mandar a Sharad a unos cursos de cocina que daban unas monjas del barrio, para ver si podía encauzar su talento y, con los cursos, acceder a un mejor trabajo. Quedamos en que me dejaría encargada a la niña durante las dos horas que duraban las clases semanales, pero al primer intento la criatura lloró tanto y con tanta fuerza que sentí un aterrador impulso de golpearla yo también. Y Sharad regresó quejándose de que las monjas le querían enseñar a hacer espagueti con queso y sándwiches de jamón.

Me fui de viaje de nuevo y en mi ausencia Sharad llamó a una de mis amigas —de todas, quien más desconfianza le tenía. Su madre se había puesto muy mala de un cáncer remoroso que traía y no tenía quien la cuidara allá en el pueblo, le explicó ella a mi amiga. Sus dos hermanas trabajaban limpiando unas oficinas y si faltaban al trabajo las correrían. Ya que no estaba yo, ¿pensaba mi amiga que yo me molestaría mucho si Sharad se fuera unos días a cuidar a su mamá? Mi amiga le dijo que sí, que sería un acto de ingratitud bochornosa dejarle botado el jardín y la casa con todo lo que hay adentro habiendo tanto ratero, a quien tanto había hecho por ella.

Cuando regresé me encontré con la casa albeante y con una nota. No podía dejar que su madre estuviera tan sola, escribí Sharad con su ortografía impecable, y como sabía que estaba haciendo algo incorrecto, prefería ahorrarme la molestia de tener que correrla. Ojala y pudiera encontrar la manera de perdonarla algún día.

Yo le reclamé duramente a mi amiga la ausencia de Sharad: había quedado suelta una gran carga de culpa y yo no sabía a quién más asignársela. Pero la verdad es que había vuelto la paz a mi vida.